

## GACETA DEL ÁNGEL

# Primavera Indiana

GERMÁN DEHESA



Una vez más el ciclo se cierra y en este breve teatro de papel, reaparece mi entrañable amigo Don Carlos de Sigüenza y Góngora. El nos recuerda que, en su momento, segunda mitad del siglo XVII, él fue junto con Sor Juana de quien fue amigo y orador en sus funerales, la personalidad cultural más importante de la Nueva España. Yo para mí tengo que estaba medio firuláis, pero era un loco muy luminoso. En el México de entonces, él fue el pionero del periodismo y de la novela ("Los Infortunios de Alonso Ramírez") y tenía además sus veleidades de científico. Despiestado y cegatón, podía pasar largas temporadas sentado en el suelo llorando porque se le habían perdido sus gafas.

Una de las facetas más encantadoras de Don Carlos era su intensa noción de pertenencia no a España, sino a un lugar único en el mundo al que apodaban Nueva España, pero que realmente se llamaba México. Esta acendrada noción de que la geografía y el ambiente que lo rodeaban jamás habían sido enunciados en lengua hispánica, le resultaba enormemente estimulante. Hoy, si se quiere hablar de México, se termina haciendo un discurso político o una guía de turistas. En el XVII no era así. Quizá por esto Sigüenza a los 17 años escasos de su edad, decidió escribir un poema que detallara y cantara las gratas peculiaridades de la llegada de la primavera a tierras mexicanas. El poema se titula "Primavera Indiana y sus Indicios" y le salió a Carlitos un tanto cuanto desgarbadón y cucho. De momento, esto no me importa. Lo que me emociona es tener prueba fehaciente de que ya los jóvenes del siglo XVII percibían que a la muy noble y leal Ciudad de

México la primavera llegaba de modo notorio y peculiar.

Aquí estamos, cuatro siglos después, instalados de lleno en el enérgico calor y el interminable color de la primavera indiana. Ya está aquí la primavera con sus flores y con sus amores. Mis amigas las Gabys me enviaron hace rato una canasta con las primicias de su jardín: unas hermosas y algarabientas flores llamadas clivias que algún autor anterior a mí ya bautizó como "las agradecidas flores primaverales". Llegaron a la casa con tan enorme alharaca, que yo tuve que suspender mis tareas de lectura para asomarme a ver el macizo conjunto floral que venía haciendo su entrada a esta casa. Hagan de cuenta que eran una parvada de colegialas en el momento mismo de salir de la escuela y recuperar su capacidad de alharaca. Si las tiernas donantes de estas flores hubieran sabido el inmenso bien que me hacían al enviarme a tan gentiles y menudas huéspedes, estoy seguro de que se hubieran apresurado a hacerlo. Ya tenía yo flores, esta casa es de piedra y flores, pero no tenía flores primaverales que tan puntualmente llegaran a pasarle visita a su convaleciente amigo.

Leo que las clivias son originarias de África meridional y experimento hasta vértigo con sólo imaginar los mil caminos que estas chicas tuvieron que recorrer para aclimatarse en el sur del Valle del Anáhuac.

Creo que ya estamos todos: ya llegaron las bugambilias, las jacarandas, los geranios en botón, las rosas, los claveles y las clivias. Las mujeres trajeron los hombritos nacarados y los ojos brillosos, a la gente le va mejorando el ánimo, el amor comienza a hacer de las suyas, la crisis se torna una distante bruma y todo está listo para que comience la primavera. Que así sea.

### ENVÍO

Obviamente este artículo es para mis amigas las Gabys y para todos aquellos que en las flores encuentran su verdadero país.

### ¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDII (1502)

Hay que legalizar la vida. Vivir de verdad resulta hoy algo ofensivo y, por lo mismo, algo prohibido. Es en estos espacios de ausencia de vida, de verdadera vida humana, donde la droga encuentra su acomodo.

Cualquier correspondencia con esta columna llena de indicios, favor de dirigirla a [german@plazadelangel.com.mx](mailto:german@plazadelangel.com.mx) (D.R)

